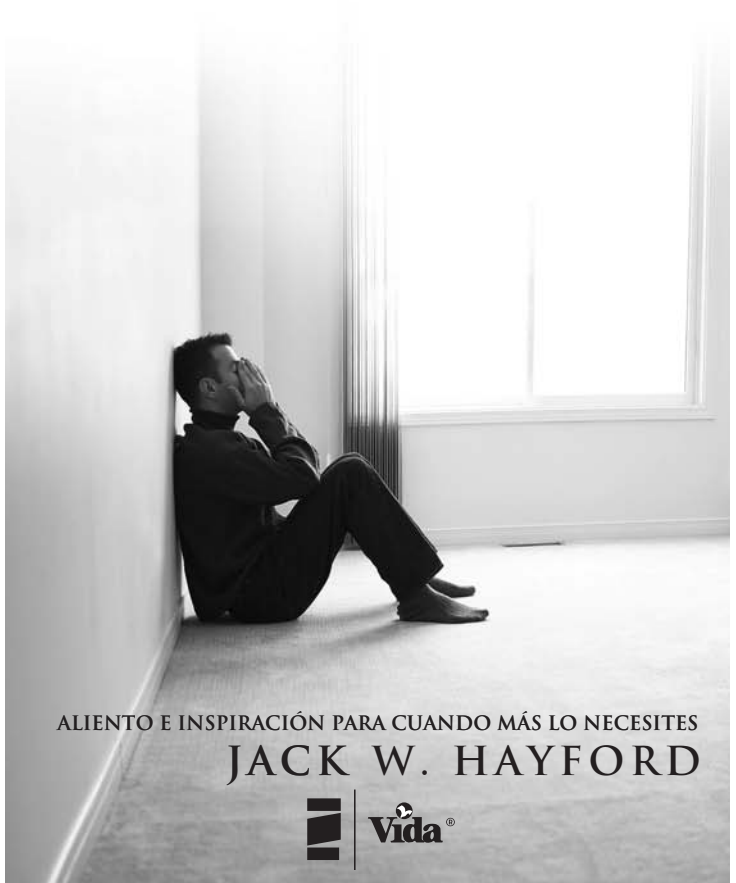


Esperanza

PARA UN DÍA SIN ESPERANZA



ALIENTO E INSPIRACIÓN PARA CUANDO MÁS LO NECESITES

JACK W. HAYFORD



Vida®

La misión de Editorial Vida es proporcionar los recursos
necesarios a fin de alcanzar a las personas
para Jesucristo y ayudarlas a crecer en su fe

ESPERANZA PARA UN DÍA SIN ESPERANZA
Edición en español publicada
por Editorial Vida -2009
Miami, Florida

© 2009 por Editorial Vida

Publicado en inglés con el título:
Hope for a Hopeless Day
Copyright © 2001, 2007 Jack Hayford
Por Regal Books
Gospel Light
Ventura, California U.S.A.

Traducción: *Alicia Guerci*
Edición: *Carlos Peña*
Diseño interior: *Cathy Spee*
Diseño de cubierta: *Pablo Snyder*

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. A MENOS QUE SE INDIQUE LO CONTRARIO, EL
TEXTO BÍBLICO SE TOMÓ DE LA SANTA BIBLIA NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL. © 1999
POR SOCIEDAD BÍBLICA INTERNACIONAL.

ISBN - 978-0-8297-5461-2

CATEGORÍA: VIDA CRISTIANA / CRECIMIENTO PERSONAL

IMPRESO EN ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA
PRINTED IN THE UNITED STATES OF AMERICA

09 10 11 12❖6 5 4 3 2 1

CONTENIDO

Prólogo	7
Capítulo uno <i>Cuando todo el panorama es oscuro</i>	11
Capítulo dos <i>Hallar esperanza durante un día sin esperanza</i>	21
Capítulo tres <i>Perdona a todos los que tratan de arruinarte la vida</i>	27
Capítulo cuatro <i>Ayuda a los que experimentan la misma lucha</i>	39
Capítulo cinco <i>Asegúrate de ocuparte de quienes están a tu lado</i>	49
Capítulo seis <i>Hazle las preguntas difíciles a Dios, no a los hombres</i>	59
Capítulo siete <i>Sé lo suficientemente humano como para reconocer tu necesidad</i>	71
Capítulo ocho <i>Ten la seguridad de que hay un propósito y un final</i>	83
Capítulo nueve <i>Finalmente, ¡entregale a Dios el día y deja que pase!</i>	93
Capítulo diez <i>Esperanza para hoy... y para siempre</i>	107
Anexos <i>Oración para recibir a Cristo como Señor y Salvador</i> <i>Oración para invitar al Señor a llenarte del Espíritu Santo</i>	119

PRÓLOGO

Los días sin esperanza son como moneda cotidiana en el mundo actual.

No es un comentario cínico sino honesto. Incluso en muchos aspectos, la misma clase de cosas que condujeron a personas como tú y yo a días sin esperanza pudieron experimentar y superar hace mucho tiempo esa coyuntura en un día sumamente especial.

Este es un pequeño libro sobre aquel gran día. Además, trata acerca de una *maravilla* aun más grandiosa: el poder milagroso de las palabras que se pronunciaron en esa ocasión. Aquel que convirtió el último día malo en lo que la historia hoy llama en inglés «bueno» y en español, «santo». Todavía lo denominamos así, ya que cuando el calendario se aproxima al tercer o cuarto mes del año, celebramos el domingo de pascua, que va precedido por el viernes santo o «bueno». Hay muchas razones para que ese viernes se llame «bueno», pero no están relacionadas con los conceptos humanos habituales de «agradable, feliz o placentero». Lo bueno de aquel día fue que Dios en su amor nos regaló a su hijo; que años antes llegó a Belén y entregó su vida para morir en la cruz en Jerusalén. «Bueno» también aparece al hablar del

«buen Pastor» que da su vida por sus ovejas. Asimismo, «bueno» forma parte del misterio revelado que enseña que Dios ahora perdona tus pecados y los míos por medio de la sangre derramada de Jesús, a fin de ofrecernos esperanza y promesas eternas. Ahora bien, aunque existen muchas otras razones, las que acabamos de mencionar nos brindan un cúmulo poderoso de excelentes motivos para decir que *aquel* fue un «buen» viernes. Sin embargo, fue un día muy malo, pues estuvo repleto de una gran cantidad de cosas semejantes a las que hacen que nuestros días a veces sean malos, cosas desagradables que nos consumen y nos desaniman.

Fue un día de amarga traición; un día de mentiras y de injusticia.

Fue un día de golpizas brutales, de abusos llenos de odio, sangre y lágrimas; un día de gritos, desprecio, maldiciones y burlas de parte de una multitud de necios.

Fue un día de rechazo, de tremenda soledad, de amigos que huían y de enemigos que demostraban violencia.

Es el día malo denominado «viernes bueno» porque en aquella jornada Jesús hizo cosas que generaron una fuente incommovible de *esperanza...esperanza* que nos salva, esperanza que nos sostiene,

esperanza que nos acompaña y esperanza que nos dará la victoria.

Todo se debe a que Cristo venció la desesperanza al romper el yugo del pecado y la muerte. Estos dos enemigos son la esencia de todo lo que denigra y arruina la vida en cualquier momento. Encontrarse con Jesús en la cruz y decidir seguirlo es la manera de atravesar nuestros días malos para disfrutar de los resultados de su «viernes bueno».

Por tanto, escribo este libro porque quiero transmitir algo que aprendí sobre el día de oscuridad, trueno y terremoto que experimentó Jesús: momento en que Dios lo «abandonó» cuando murió por voluntad propia al entregarse en manos de sus criaturas. Aprendí que ese día, más que cualquier otro (aunque, en cierto modo, muy similar a miles de jornadas que vivimos día a día), contiene las llaves que abren la puerta de la esperanza. Es más, lo que el Señor vivió aquel día estableció las bases para que tú y yo caminemos con él, a fin de vencer nuestra desesperanza.

Por eso, permíteme contarte sobre el amanecer de un día como ese en mi vida y relatarte la sensación de profundo desaliento que me transmitió una situación mediante una voz punzante que intentó quitarme la esperanza. Querido lector, también te pido que me permitas transmitirte cómo actuó esa circunstancia para impulsarme a clamar a Aquel que es capaz de enseñarnos las palabras que pueden convertir un día sin esperanza en una experiencia transformadora.

CUANDO TODO EL PANORAMA ES OSCURO

Cuando abrí los ojos la mañana del 24 de octubre de 2003, la habitación estaba completamente oscura. El reloj digital junto a la mesa de noche indicaba las cinco en punto, hecho que confirmaron las campanadas del reloj de pared del abuelo que estaba en el pasillo de la sala de estar. Pasaron treinta y tres horas desde que Scott sufriera un colapso. Sucedió de repente...el interior de su cráneo se inundó de sangre cuando un aneurisma congénito estalló y la hemorragia comenzó a presionar el cerebro hasta dejarlo sin vida. Aunque los médicos se esforzaron en su trabajo para salvarlo y nuestra iglesia oró con fervor por su pastor, todo indicaba que había muerto en el acto.

Scott Bauer, yerno de Anna y mío, se había casado hacía más de veinticinco años con nuestra hija Rebecca y me había sucedido como pastor de (*La iglesia del camino*), congregación que pastoreé durante treinta años. Esta decisión no la habíamos orquestado nosotros, ya que ni Scott ni yo habíamos pensado nunca en que él me sucediera como pastor, aun cuando los once años de labor que realizó junto a mí como pastor asistente podrían hacer pensar que fue así. No

obstante, aunque la iglesia es liderada por el pastor, la gobierna un grupo de ancianos piadosos. No muchos se pueden imaginar el gozo que sentí cuando le pidieron a Scott que ocupara ese lugar cuando Dios me llamó para fundar *The King's Seminary*, un nuevo centro de capacitación para líderes en la actividad pastoral para el siglo veintiuno. La iglesia continuó creciendo en gran manera bajo el liderazgo de Scott Bauer, un pastor de almas sumamente talentoso, con corazón de siervo y ungido por el Espíritu Santo. No obstante, treinta y tres horas antes todo esto cambió por completo.

Esa mañana del 24 de octubre de 2003, *exactamente cuatro años después de haber sido nombrado pastor*, y con solo cuarenta y nueve años de edad, lo único que mantenía funcionando el corazón de Scott eran unos instrumentos que estaban programados para ser «desconectados» a las dos de la tarde de ese mismo día. Todo vestigio de vida había desaparecido. Scott, el hombre que fue «mi verdadero hijo en esta fe que compartimos» en Cristo, esposo de nuestra hija mayor y padre de tres de nuestros nietos... Scott, el pastor al que yo junto con los ancianos de la iglesia, *un tiempo antes* le habíamos impuesto las manos para que se convirtiera en pastor principal... ¡había muerto! La indicación para poner fin a su situación no se daría hasta esa tarde en que sus padres llegaron de Texas. Sin embargo, a las pocas horas del colapso

habían declarado que Scott tenía muerte cerebral.

Esto había ocurrido el miércoles por la noche. Scott se adelantó para cerrar la reunión de mitad de semana que previamente había sido bendecida con la visita de un orador. En ese momento, después de pedirle a la congregación que se pusiera de pie para la bendición final, hizo una pausa como si hubiese estado confundido. Se dio vuelta y le dijo al Dr. Jack Hamilton, miembro del equipo de pastores: «Jack, acércate y cierra la reunión». Entonces bajó de la plataforma de manera «natural» mientras se ponía la mano en la cabeza y caminaba hacia la primera fila donde estaba sentada su esposa... pero no llegó. Aun así, dado que la congregación ya estaba de pie y orando, prácticamente nadie vio cuando su hijo Kyle y otros dos hombres ayudaban a su amado pastor a sacarlo del recinto. Aunque a los pocos minutos recuperó brevemente la conciencia y los paramédicos le brindaron atención casi de inmediato, un hijo, esposo y padre amoroso se sumía en un abismo inerte.

Por esa situación me desperté a las cinco de la mañana de ese viernes, y eso no fue porque no hubiéramos estado orando por él. Si bien nos habían dicho que la condición de Scott era irreversible, miles de personas no dejaron de elevar oraciones a su favor. Aunque abrigábamos la esperanza de que se produjera un milagro de dimensiones notorias e inusuales, suceso que todos pedíamos en oración, los familiares

tenían la tranquilidad de haber tomado la decisión correcta. No solo los registros médicos respaldaban lo adecuado y sabio de la decisión sino también la sensación que todos experimentábamos de que Scott ya había partido. De todos modos, nunca dejamos de orar. A lo largo y ancho del mundo se elevaron a su favor más oraciones por centímetro cuadrado de lo que supe jamás. Recibimos notas de todas partes, incluso de la oficina del presidente George Bush, que decía que en la Casa Blanca habían orado por nuestro hijo.

Cuando miramos atrás, tenemos la certeza de que Scott Bauer no partió de esta tierra por falta de fe ni de oración, ni tampoco creemos que respiró una vez menos de lo divinamente establecido para su peregrinaje terrenal. Sin embargo, *esa* certeza llegó tiempo después. Ahora era viernes, y nuestra habitación estaba oscura... sumamente oscura. La voz que susurraba un gruñido sepulcral también provenía de la oscuridad: «¿Así que estas son las bendiciones de otoño?» Fue el sonido más depravado, odioso y siniestro que había escuchado en toda mi vida. Resonó «potente» dentro de la habitación, pero la voz apacible que habló a mi alma lo destruyó por completo... y yo sabía de dónde venía.

Es peligroso contarle a la gente acerca de situaciones en las que escuchas la voz de Dios, y más peligroso aún si sugieres haber oído la voz de Satanás. De todas formas, nunca he sido místico ni dado a investigar esa clase de experiencias. Sin embargo, en

algunas ocasiones, cuando sentí que ayudaría a la gente a entender la verdad de la Palabra de Dios y las realidades de la vida, relaté cosas como estas, que son producto de mi largo andar con Cristo, caracterizado por una vida de fe bíblica y llena del Espíritu.

Las palabras malvadas y llenas de odio mezcladas con una furia penetrante requieren explicación, porque fueron dichas con burla y desprecio. Me «escupían» en la cara una declaración que varios años antes le había hecho al Dios y Padre. En ese momento tenía sesenta y ocho años, pero casi una década antes nuestro Señor amante me había mostrado con claridad que el otoño de mi vida estaría repleto del cumplimiento de promesas profundas y de esperanza que serían mi sostén. Dejando de lado este momento atroz que estaba viviendo, esas promesas se habían cumplido y continuaban cumpliéndose en diferentes situaciones. No obstante, en la oscuridad de este viernes por la mañana, Satanás buscó sacar ventaja de la prueba y «escupir» el rostro de la «esperanza futura» que Dios en su gracia había declarado que era su voluntad para mi vida: «Te bendeciré en el otoño».

Tal como saben todos aquellos que alguna vez me escucharon hablar del tema, mi época favorita del año es el otoño, porque exhibe el atractivo de la cosecha, contiene las celebraciones más grandiosas y despliega una belleza impresionante con el ardor de su esplendoroso colorido.

Sin embargo, en ese momento, en la oscuridad del amanecer de ese aterrador viernes otoñal de octubre, mientras enfrentaba la realidad de lo que le aguardaba a Scott y la incertidumbre de lo que me depararía el futuro, escuché esa voz brutal y aborrecible. El príncipe del infierno lanzó una carcajada provocadora y siniestra, y agregó: «Todo se vendrá abajo junto con Scott. ¡La iglesia no soportará este golpe, la visión del seminario se perderá y fracasará, y la fe de los que oraron se tornará inservible y repleta de dudas!»

Al comienzo del enfrentamiento, estando ante la presencia del maligno, rodeado por la oscuridad de la hora y enfrentando la dolorosa realidad de la condición de Scott, esa situación fue una de las más devastadoras que experimenté en mi vida.

Querido lector, me parece que entiendes muy bien lo que estoy diciendo. Los corazones sinceros que hayan o estén enfrentando una prueba difícil admitirán haber experimentado momentos cuando el engañador desafía tan ferozmente las promesas de Dios y la oscuridad de la situación denuncia que toda esperanza es mentira y que la desesperación parece estar a punto de triunfar. En momentos así, nuestro corazón no solo debe ser sincero sino que necesita aprender a ser *sabio*. Por la gracia de Dios, yo ya había enfrentado a este engañador una cantidad suficiente de veces como para saber qué hacer.

Exhausto e incapaz siquiera de intentar resistir ni de lanzar un golpe certero ante un ataque personal

tan desgraciado y profundo, solo pude regresar a la cama. Me puse de costado y en silencio elevé mi voz a otro Ser: «Jesús, tendrás que encargarte de esto». Eso fue todo lo que dije... y todo lo que me hacía falta.

Así de simple, como si una mano me pasara por la cara y me cerrara los ojos, me quedé dormido; un fenómeno totalmente imposible porque, cuando me despierto por la mañana, *sigo despierto* por el resto del día. Ni siquiera recuerdo haber cerrado los ojos... fue como si el Señor *se hubiese llevado todo*. Me desperté exactamente una hora después, a las seis en punto, y tal como había sucedido antes, escuché las campanadas del frente de la casa. Cuando me desperté esa vez, dos cosas habían cambiado por completo. Primero, la luz matinal había comenzado a iluminar la habitación con una tonalidad levemente gris pero agradable. Segundo, al sentarme al borde de la cama, se había producido un milagro indescriptible. *¡Me envolvía un asombroso sentimiento de la PAZ DE DIOS!*

Uso letras mayúsculas porque no sé cómo describir de otra manera lo que creo que de verdad experimenté por primera vez en mi vida: «La paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento» (Filipenses 4:7). Luego, cuando me puse de pie, fue como si estuviese parado sobre un bloque de granito de más de un kilómetro de largo hacia cada lado. Experimenté una sensación inmovible de estar plena, poderosa y

majestuosamente sostenido por el poder de Dios, y de un modo que iba más allá de toda seguridad, confianza o paz sentida en toda mi vida.

Desde allí, me lancé a ese viernes, y al fin de semana y a las semanas y meses que siguieron. Cada jornada tuvo sus desafíos. Me pidieron que volviera a ser pastor de la iglesia durante un año hasta que nombraran a otro. Este pedido no solo multiplicaba mis obligaciones sino que implicaba tener que guiar al querido rebaño para que atravesara el desafío inmediato de la angustia por la muerte de su pastor y, al mismo tiempo, manejar el dolor de Anna y el mío, el de nuestra hija y sus hijos y también del resto de la familia.

No obstante, ese viernes sucedió algo que desató el poder de otro viernes. Fue el viernes que Jesús pagó todo, sufrió todo, murió por todos... *¡y ganó todo!* Querido lector e hijo de Dios, esta es la esencia del libro que ahora tienes en las manos.

La paz y la victoria que finalmente obtuve sobre la desesperanza no se debieron a mi gran fe. Cuando yaces sin esperanza, la oscuridad rodea todo el panorama y la voz que procura captar tu atención hace comentarios desdeñosos contra Dios e intenta hundir tu alma en la desesperación. En ese momento es cuando se te invita a recordar otra voz, la de Jesús, que nos llama desde el otro lado de la cruz, donde experimentó todo el dolor, el sufrimiento, la desesperanza, el odio, la muerte y el infierno posibles. Y él

dice: «¡Clama a mí... yo ya atravesé un viernes como el tuyo y te ayudaré a superarlo!»

Hay esperanza... para todos y cada uno de los días sin esperanza. Lo que cada uno de nosotros debe hacer no es escuchar solo su invitación sino también entender cómo es el sendero que trazó el Señor para dejar la desesperación y conducirnos a la esperanza. Por eso te invito a que te unas conmigo a escuchar la voz de Jesús mientras él atraviesa un mal día; en realidad no solo el peor día de su vida sino también el último que los seres humanos y los demonios podrán volver a tramar jamás.

Allí hay esperanza. Lo sé porque lo experimenté muchas veces, incluso en el peor día que tuve en mi vida. Y en días así, lo que se espera es que descubramos en persona la promesa eterna que dice:

«El Dios sempiterno es tu refugio; por siempre te sostiene entre sus brazos»

DEUTERONOMIO 33:27

*Nos agradecería recibir noticias tuyas.
Por favor, envíe sus comentarios sobre este libro
a la dirección que aparece a continuación.
Muchas gracias.*



Editorial Vida
8410 NW 53rd Terrace, Suite 103
Miami, Florida 33166

Vida@zondervan.com
www.editorialvida.com